DIDO:

LIBRO IV

DE LA ENEIDA DE VIRGILIO.

DIDO:

LIBRO IV
DE LA ENEIDA DE VIRGILIO:

TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO

POR

D. FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.



SEVILLA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO Á CARGO DE JUAN MOYANO
CALLE DE FRANCOS, NÚM. 42

1845.

A los PP. Escolapios

Mis muy amados y respetables Maestros: Deber de gratitud y aun de conciencia es en mí encabezar este trabajo, cualquiera que sea, con el nombre de los que han sido verdaderamente sus autores. Y esto no solo porque á VV., Maestros de mis primeros años, deba yo con mi educacion el conocimiento y aficion de los estudios clásicos; sino porque entre VV., los Profesores que me iniciaron en ellos, los Directores de su célebre Colejio de SAN ANTONIO ABAD DE MADRID, han sido los

que han creido que debia emprender la obra colosal, cuya primera muestra ofrezco al público. Si con la pasion de Maestros habian juzgado harto favorablemente de mí, preciso era que el éxito y no mi falta de obediencia los convenciese de ello.

Ofrezco pues al público este ensayo de la traduccion de la Eneida, habiendo escojido para verificarlo el Libro IV, como el mas dramático y de mas interes. Si su fallo me es favorable; si los consejos de VV. y de personas entendidas, á cuya amistad pido enseñanza ó desengaños, contribuyen á perfeccionar este primer trabajo, acaso me animaré á continuar una obra que debe consumir largos años, especialmente porque ni yo sé hacerla de prisa, ni en la ajitacion de nuestra época es dado abstraerse completamente de otros cuidados y tareas, para vacar esclusivamente á las de la amena literatura.

Mas sea de esto lo que quiera, y

sometiéndome resignado á la decision que provoco, siempre me quedará la satisfaccion de haber dado á VV. esta pública demostracion del profundo respeto y ardiente gratitud con que ama y admira á los ilustres Hijos del Gran Español SAN JOSÉ DE CALASANZ quien tiene puesta su mayor gloria en llamarse su hijo y discípulo.

Fermin de la Puente y Apezechea.

Sevilla 27 *de Abril de* 1845.

LIBRO IV
DE LA ENEIDA DE VIRGILIO.

At Regina gravi jamdudum saucia curâ etc.

La Reina al héroe y su narrar atenta,
Enferma en tanto de mortal cuidado,
La herida con sus venas alimenta,
De oculto fuego el corazon llagado:
A sí propia una vez y otra se cuenta,
Gloria, virtud, valor tan esforzado,
Su semblante y su voz lleva en el pecho,
Ni tregua á tanto afan halla en el lecho.

Mas ya la aurora renaciente el suelo
Con los rayos del sol iluminaba,
Y del espacio anchísimo del cielo
Las húmedas tinieblas desterraba;
Cuando á su hermana con mortal anhelo,
(Su hermana que en lo mismo meditaba)
Los vacilantes pasos dirijia,
Y con turbado acento la decia.

«Ana, hermana, ¿porqué dormir no puedo?
¿Qué ensueño así dudosa me fatiga?
Ese huésped has visto, que ora ledo
Trajo la suerte á nuestra tierra amiga?
Dime: ¿quién es?... ¡Qué alteza, qué denuedo
Su rostro ostenta, el corazon abriga!
Sangre de Dioses en sus venas arde:
Solo bastardo y vil es el cobarde.

Y no me engaño, no. ¡Cuántos azares
Él no sufrió de la enemiga suerte!
Trances contó de guerras singulares,
Domados todos por su brazo fuerte.
Oh! si en mí, cual inmóviles sillares,
Firme resolucion, hasta la muerte
No estuviera enclavada, eterno sello,
De no al yugo nupcial rendir ya el cuello.

Si despues que engañó tanta esperanza
Aquel primer amor, que ajó el destino,
El tálamo no odiase y su alianza,
Y de su antorcha el esplendor divino;
Esta culpa tan sola, esta mudanza
Pudiera al corazon hallar camino:
Quizá yo de mí propia me olvidara,
Y pudiera ceder.... y acaso amara!

Porque, Ana.... es la verdad! desde el horrible
Trájico fin del mísero Siqueo,
Desque fraterna mano ajó terrible
Mis Penates y el ara de Himeneo,
Á este solo mi pecho hallé sensible,
Este movió mi trémulo deseo:
Del fuego aquel que me abrasaba un dia,
Vestijios siento en la ceniza fria.

Mas esta tierra aquí, que me sustenta,
Antes me trague y en sus senos hunda,
Y el rayo que en tus iras se alimenta,
Júpiter, al abismo me confunda;
Todo el horror que el Érebo amedrenta,
Pálidas sombras, noche tan profunda,
Antes que hollar tus leyes que venero,
Antes, Pudor, que marchitarte, quiero!

Aquel, aquel primero que me amaba,
Que me hizo suya, y tuvo mis amores,
Al sepulcro consigo los llevaba....
Allí los guarde puros y mejores!»
Dijo: su hermana al seno la estrechaba:
Ella, de tanto embate á los rigores,
Allí escondidas lágrimas vertia,
Mientras Ana piadosa respondia.

«¡Hermana mia! de tu dulce hermana
Mas que la luz dulcísima y querida!
¿Siempre tendrás tu juventud lozana
Sola, de afan interno consumida?
¿Ni dulces hijos gozarás ufana,
Ni de Vénus la gloria apetecida?
¿Piensas que de esto cura el polvo leve?
¿Que el sepulcro á vedártelo se atreve?

Herida el alma del afan reciente,
Bien que á otro nuevo amor no se rindiera;
Ni antes en Tiro ya, ni en Libia ardiente:
Y que aquí Yarbas despreciado fuera:
Á otros caudillos mira indiferente,
Que con triunfos el Africa nutriera;
Mas de este amor con la sabrosa llaga,
¿Porqué luchar, si el corazon halaga?

Ni imprudente recuerdas en qué tierra
Fijas apenas la insegura planta
De aquí indomable el Gétulo en la guerra
Ciñe con el Numida tu garganta,
Sirte inhospitalaria el paso cierra,
De acá rejiones que la sed quebranta,
Los Barcéos; y rujen en el seno
De Tiro guerra, y de Germania trueno.

Oh! sin duda los Númenes piadosos
Y favorable Juno sonrieron,
Y al soplo de los vientos cariñosos
Aquí las naves de Ilion trajeron!
¡Qué reinos á este enlace poderosos,
Cuán grande tu ciudad alzar se vieron!
¿Y á dó no subirá Cartago ufana
Si armas la apoyan, y amistad troyana?

Mas, tú, á los Dioses su favor implora:
Las aras colmen gratos sacrificios;
Ocasion de tardanza halagadora
Al huésped den tus dulces artificios:
Ya la mar en invierno bramadora,
Ya que á la nube Orion rompe los quicios,
O que la rota nave tiembla y cruje,
El duro cielo. el huracan que ruje.

Asi su voz con fuego devorante
El ya inflamado corazon ardia,
Y dió esperanza al alma vacilante,
Y el pudor disipó, que aun combatia:
Con fervor en las aras suplicante
Luego implora el favor del cielo pia,
Y ovejas, que por rito designaron,
Á Febo, Baco y Céres inmolaron.

Y antes, oh Juno! á tí: que á tí el cuidado
De los nupciales vínculos se debe.
Dido misma hermosísima, el sagrado
Vaso eleva en tu honor con mano leve.
Recibe en olas su licor preciado
Blanca ternera en el testuz de nieve,
Derrámale la Reina en larga vena,
Y ante las ricas aras se enagena.

Y de los Dioses por templar la saña,
El dia llena con perpétuos dones,
Consulta de las víctimas la entraña,
Y vé los palpitantes corazones.
¡Augurio inútil que la mente engaña!
¿Qué son al que ama templos ni oblaciones?
Grato fuego sus médulas altera,
Vive en el pecho la escondida hoguera.

Árdese Dido, y con furor insano
Vaga por la ciudad. Como inocente
Cierva á quien un pastor con torpe mano
De Creta hirió en el bosque floreciente,
Dejó en la herida el pasador; ¡en vano
Ella de Dicte al bosque huye doliente!
Corre las selvas anhelante, inquieta,
¡Siempre en el lado la mortal saeta!

Por medio el muro, en ostentoso giro
Su ciudad á enseñarle, lleva á Éneas:
Muestra el oro y la púrpura de Tiro,
Y empieza á hablar, ni encuentra sus ideas:
O al dar el dia el lánguido suspiro,
Convites busca y lámparas y teas,
Y de Troya otra vez la historia ansía,
Y pende de su lábio, y se estasía.

Y al separarse ya, cuando la luna
Su luz recoje con dudoso ceño,
Y hundiendo en Occidente su fortuna
Los astros brindan apacible sueño,
De su casa los ecos importuna,
Busca el escaño que llenó su dueño,
Y al dulce ausente allí por quien suspira,
Ausente escucha, estática le mira.

Caza alegre de un bosque en la espesura,
Prepara Eneas con la triste Dido,
Apenas dore en el Oriente pura
La luz del sol el mundo adormecido.
Allí, mientra el ginete se apresura,
Y es de redes el bosque circuido,
Nube, preñado de granizo el seno,
Yo mandaré con iracundo trueno.

Asustados huirán los cazadores:
Opaca noche envolverá los polos;
Asilo en una gruta á sus horrores
Dido, Eneas tendrán, juntos y solos.
Tambien yo iré; y si allí con tus favores
Esfuerzas tú mis inocentes dolos,
Yo la haré suya, y del amor trofeo
Allí será el altar del Himeneo.»

Dijo: aprobar aparentó Citeres,
Que del sabido engaño sonreia.
Dejando de Océano los placeres,
La Aurora ya á los cielos ascendia;
Y al brillar sus primeros rosicleres,
De la ciudad la juventud salia;
Redes arma y venablos de anchos hierros;
Hierven caballos y sagaces perros.

De Cartago al dintel los principales
La Reina esperan, que en salir ya tarda.
Noble bridon con paramentos reales
Tascando el freno, indómito la aguarda.
Sale; y sus pasos, su esplendor triunfales
Séquito inmenso reverente guarda;
Bordado lleva con gracioso giro
Rico manto de púrpura de Tiro.

De oro la aljaba, y el cabello en oro
Con fácil suelto nudo recojido:
Dorada hebilla por mayor decoro
La grana ciñe en ondas del vestido.
Tambien de los troyanos allí el coro
Y Ascanio vuela en júbilo encendido,
Y uniendo á todos con perpétuo sello
El padre Eneas, sobre todos bello.

Tal como Apolo ya, cuando abandona
La invernal Licia y el undoso Xanto,
Vé la materna Delos, y eslabona
Los coros luego, renovando el canto.
En torno del altar tejen corona
Los Cretenses, los Dríopes en tanto,
Ni los pintados Agatirsos faltan:
Todos mezclados y embriagados saltan.

El mismo Dios tambien por la colina
Viene andando de Cinto: undoso y suelto
Orna el cabello, que en su sien divina
Blanda guirnalda ciñe, en oro envuelto:
Suena al hombro la aljaba en él vecina:
Menos altivo no, si mas esbelto
Eneas en la pompa se adelanta.
¡Tal majestad y su hermosura es tanta!

Mas llegados del monte á la espesura,
Guaridas hondas que la fiera habita,
Tropa de agrestes cabras, de la altura,
Por collados veloz se precipita:
Otra de ciervos salva la llanura,
Deja el monte, de polvo nube escita:
Goza Ascanio en su potro, y le acelera,
Y á este y á todos pasa en la carrera.

Y entre la grey inofensiva, ansioso
Anhela ver, que su ardimiento afronte
Cerdoso javalí, fiero, espumoso,
O leon rojo descender del monte.
Mientras empero en ruido fragoroso
Á turbarse comienza el horizonte,
Y preñada en granizo densa nube
Sigue despues, y amenazante sube.

Tirios, Troyanos, todos, techo, amparo
Contra furores buscan tan impíos,
Ya aquí, ya allí, y el nieto á Vénus caro:
Vuelcan los montes caudalosos ríos.
Dido, y de Troya el adalid preclaro
De una cueva á los ámbitos sombríos
Una misma los dos, por varios puntos,
Llegan, en ella penetrando juntos.

Primero allí la Tierra que temblaba,
Y Juno, que á los tálamos preside,
Dan señal: el relámpago brillaba,
Pálida antorcha que su luz despide;
Y el cielo, que en la union que se formaba
El consejo cual cómplice divide;
Y gritos en señal de pesadumbre
Lanzan las Ninfas desde la alta cumbre.

Aquel dia, primero de la muerte
Oríjen fué, y universal estrago.
¡Dido infeliz! de lo que el mundo advierte
No cura, ni el rumor del pueblo vago.
No oculta ya, contra la injuria fuerte
Gozar procura de su amor aciago;
Himeneo le llama, y le refiere,
Y así su culpa disfrazarse quiere.

Mal que á todos escede en lijereza,
De Libia al punto vá por las ciudades
La Fama, que en moverse cobra alteza,
Y andando, fuerzas; y rodando, edades:
Pequeña por el miedo cuando empieza,
Sube al éter, rejion de tempestades,
Y se arrastra en el suelo, desde donde
Entre las nubes la cabeza esconde.

A ella, dicen, la tierra en ira insana
En contra de los Dioses encendida,
De Encélado y de Ceo digna hermana,
En pies y en alas rápida dió vida.
Mónstruo horrible, gigante, en pluma vana
Vestido ¡oh maravilla! donde anida
Un ojo velador só cada pluma,
Y atento oido, y una voz que abruma.

Del cielo en la mitad la noche vuela,
O á la tierra lanzándose rechina,
Ni al dulce sueño que al mortal consuela,
Los siempre abiertos párpados declina.
De dia vijilante centinela,
En alta torre ó techo que domina,
A las grandes ciudades amedrenta,
Ya tenaz miente, y ya verdades cuenta.

Ella entónces los pueblos inundaba
Gozosa en vanos cuentos y rumores,
Y la mentira y la verdad contaba,
Lo que hicieron ó no, los amadores.
Que allí el Troyano Eneas arribaba;
Que por él Dido se prendó de amores,
Y el largo invierno así van regalando
Del Reino sin curar, en ocio blando.

Esto la torpe Diosa por dó quiera
A la faz de los hombres difundia.
Mas hé aquí que torciendo su carrera,
Al fiero Yarbas rápida venia.
Iras sobre sus iras exajera,
Y el alma con palabras le encendia:
Á él de Jove, que robada la hubo,
La Ninfa Garamántide le tuvo.

En su anchísimo reino, templos ciento
A Júpiter Amon él levantara,
Y á los Dioses eterno monumento,
El fuego velador, le consagrara.
El suelo riegan víctimas sin cuento;
El umbral flores de belleza rara;
Y diz que ciego allí, con sus heridas,
A Jove oró, las palmas estendidas.

«Omnipotente Jove, à quien la mora
Gente ya hoy en matizados lechos
El báquico licor libando honora:
¿Esos, Padre, no vés tan duros hechos?
¿O el rayo de tu diestra vengadora
En vano temerán ya nuestros pechos,
Y el trueno y el relámpago encendido
Vanos terrores son, inútil ruido?

Errante una mujer llegó á este suelo;
Tierra le dimos donde arar sus bueyes;
Pobre ciudad y corta su desvelo
Alzó, y nosotros le dictamos leyes:
Luego burlando nuestro ardiente anhelo,
Las bodas despreció de nuestros Reyes,
Y ya en los reinos en que ingrata vive,
Á Eneas hoy como Señor recibe.

Y ese Páris con corte mujeriega
Ora la barba y húmedo cabello
Ciñe con gorro frijio; y ya se entrega
De su presa á gozar, amado y bello.
Mientra en tu templo mi piedad allega
Dones, y ensalzo de mi cuna el sello.
¡Vana, ciega esperanza!» Asi decia,
Y á las aras con ímpetu se asia.

Le oyó el Omnipotente, y su mirada
Tornó á los réjios muros de Cartago,
Y á los ciegos amantes, que no apiada
Ni de su fama curan el estrago.
Así entónces con voz apresurada
Manda á Mercurio por el éter vago:
«Hijo, vé, vuela: con presteza suma
Del céfiro deslízate en la pluma.

Y al adalid Troyano que ora espera
En la Tiria Cartago y se detiene,
Ni los dones del hado considera,
Habla, lleva mi voz, y le previene.
No tal su Madre á mí le prometiera,
Ni de las griegas armas salvo viene,
Por ella una vez y otra libertado,
Para burlar así la ley del hado.

Antes, que á Italia un tiempo rejiria
De reinos madre, ansiosa de la guerra;
De Teucero el alto orígen mostraria,
Leyes poniendo al orbe de la tierra.
Mas si no tanta gloria el pecho ansía,
Ni los trabajos que su fama encierra
Medita él mismo, y por labrar se afana;
¿Á Ascanio envidia la ciudad romana?

¿Qué piensa? ¿qué esperanza á amargo trance
Entre gente detiénele siniestra?
¿Ni prole vé, que con el tiempo avance,
Ni de Lavinia el campo y la palestra?
Hé aquí todo: que presto, al mar se lance:
Vé, y esto le dirás de parte nuestra.»
Y Mercurio á cumplir lo que mandara
Su padre augusto, al punto se prepara.

Primero al pie se ajusta los talares,
Que como alas, sublime al firmamento
Ora cruce la tierra, ora los mares,
Raudo le lleven como el raudo viento.
Y la vara tambien, con que millares
De almas saca del Orco macilento,
Otras lanza con ella, y dá y retira
Los sueños, y abre el ojo del que espira.

Armado así, los vientos bate y guia,
Y entre las turbias nubes nada y flota;
Ya en su vuelo, de Atlante descubria
Los rudos lados, la áspera picota:
De Atlante, cuya frente desafia
Al cielo, y á quien viento y lluvia azota
La cabeza pinífera, que ciñen
Perpétuas nubes que las sombras tiñen.

Los hombros cubre la tendida nieve;
Ruedan en tanto presurosos ríos,
Que el duro viejo de su barba llueve,
Cuyas cerdas erizan hielos fríos.
Aquí Cilenio, que sus alas mueve
Iguales, se detuvó: á los sombríos
Senos del agua se asomó primero,
Su cuerpo allí precipitando entero.

Como el ave que en torno la ribera
Y el escollo de peces abundante,
Rasando junto al mar pasa rastrera,
Pero con fácil vuelo vá adelante;
Entre el suelo volaba y la alta esfera;
Y los vientos, y de África anhelante
De su abuelo al partir, la ardiente playa,
Cortó en su vuelo el Dios, hijo de Maya.

Y luego que fijó la alada planta
En la ciudad, donde cabañas fueron,
A Eneas vé que alcázares levanta,
Y los techos renueva que cayeron.
Rica espada que entalla y engarganta
Rico jaspe, al costado le pusieron,
Y de los hombros suelta le pendia
Toga que tíria púrpura encendia.

Altos presentes que opulenta Dido
Le hizo, en oro las telas recamando;
Llega, y dícele el Dios: «Tú, divertido,
De Cartago el cimiento colocando,
Bella Ciudad levantas, buen marido,
Tu fama y reino mientras olvidando!
A tí me envia Jove en ráudo vuelo,
Rey de Dioses que abarca tierra y cielo.

Y estas órdenes él á tí me manda
Hoy conducir por los alados vientos:
¿Qué piensas? ¿porqué en ócio y calma blanda
Yaces en Libia? ¿cuáles tus intentos?
Si tanta gloria tu ánimo no ablanda,
Ni buscas ya tu fama y tus aumentos,
A Ascanio vé que se levanta y crece,
Y en tu herencia esperanza le amanece.

El Imperio de Italia soberana,
En fama claro y en beldad divino,
Suyo ha de ser. A él Roma y la Romana
Gente se deben: lo falló el destino.»
Dijo Cilenio, y la apariencia humana
Dejó de su discurso en el camino;
Y sin que nada á su poder resista,
En áura ténue se robó á la vista.

Mas al ver los portentos que pasaron,
Mudo, atónito, Eneas se levanta:
Los cabellos de horror se le erizaron:
Helósele la voz en la garganta:
Huir piensa: huir quiere. Dó le amaron
Dejar las tierras de dulzura tanta.
¡Tanto le aterra el celestial aviso!
Que así del Dios la voluntad lo quiso.

Mas ¿qué hacer? ¿á la Reina enfurecida
Cómo hablar osará? ¿con qué rodeo?
¿Por dónde ha de empezar? Y dividida,
La mente vaga de uno á otro deseo:
Varios recorre, en todos detenida;
Hasta que por mejor, él á Mnesteo
Llama y Sergesto y á Cloanto el fuerte,
Fijando al fin sus dudas de esta suerte.

Que en silencio aperciban los navíos,
En la playa á la gente congregando:
Armas apresten con ocultos bríos,
La causa de mudar disimulando.
El entretanto, intentos tan impíos
La buena Dido incauta no curando,
Que nunca tanto amor romperse espera,
Verá cómo ha de entrar y en qué manera.

Ya para hablar con ánimos arteros
Buscará las mas blandas ocasiones;
Ya por lograr sus fines mas certeros
Diestros escojerá modo y acciones.
Todos en tanto activos, placenteros
Obedecen su imperio y sus razones,
Y en hacer lo que manda con premura
El diligente bando se apresura.

Sintió la Reina el comenzado engaño:
Porque ¿quién á quien ama engañaria?
Y la primera adivinó su engaño,
Que todo, aunque segura, lo temia.
Y mientras arde con furor estraño,
La misma Fama le revela impía
Que la traidora armada aparejaba,
Y á otros viajes audaz se preparaba.

Ciega, fuera de sí, corre anhelante
Por toda la Ciudad, enfurecida:
Tal roto el simulacro, la Bacante
Corre á la Orgía trienal, oida
De su Baco la voz, cuando tronante
El Citeron de noche la convida.
Mas al fin llega á Eneas, y la triste
Con tales voces furibunda embiste.

"¿Disimular ¡oh pérfido! esperabas
Tanto crímen poder? ¿y así callado
Para salir, traidor, te preparabas
De aquí, de esta mi tierra, de mi lado?
¿Así de nuestro amor tú te cuidabas?
¡Ni la fé te detiene que te he dado,
Ni esta Dido infeliz que por quererte,
Ha de morir con dolorosa muerte!

Y aun así en el invierno tu navío
Piensas dar á la mar entre aquilones!
¡Cruel! si huyendo del regazo mio
No buscaras incógnitas rejiones;
Si de Troya durase el muro pio,
Viviendo sus antiguos torreones,
Rumbo allá hicieras por el mar horrendo:
¿O soy yo misma lo que vas huyendo?

Ah! por tí, por mis lágrimas te pido,
¿Qué otra cosa hay ya en mí, ya que me resta?
¡Por aquel nuestro amor correspondido,
Por la empezada boda tan funesta,
Si de tí alguna cosa he merecido,
Si algo dulce te fué la beldad esta;
De esta casa te apiada derruida,
Y si al ruego hay lugar, tu intento olvida!

Por tí la Libia gente y los tiranos
De Numidia tambien por tí me odiaran:
Por tí me son mis Tirios inhumanos.
Por tí tambien perdí los que me alzaran
Pudor, fama, á los cielos soberanos:
¿A quién, para morir, me desamparan
Tus ártes, huésped? ¡Huésped! nombre odioso!
El solo que me queda de mi Esposo.

¿Porqué tardo? ¿á qué espero? á que destruya
Pigmalion esta Ciudad naciente,
O á que me arrastre ya, cautiva suya,
Ese Gétulo Yarbas insolente?
¡Si al menos me quedase, prenda tuya,
Un pequeñuelo Eneas inocente,
Que aqui jugase, á tí se pareciera,
Menos desierta y sola me creyera!»

Dijo· de Jóve en el precepto santo
Él los ojos inmóviles tenia;
Y si bien obstinado, hondo quebranto
El corazon por dentro le oprimia;
Al fin dice: «Yo, Reina, nunca tanto
Como ya te debí, negar podria;
Ni mientras dure el alma en alentarme,
Me pesará de Elisa el acordarme.

«Poco de esto hablaré. No ¡oh Reina! creas
Que furtiva mi huida pensé hacerte:
Mas no á Himeneo pretendí sus teas,
Ni mi mano y mi fé vine á ofrecerte;
Antes.... si ya vivir con mis ideas
Me diera el hado, y componer mi suerte,
Aun en Troya habitara, honrando pios
Las amadas reliquias de los mios.

Aun duraran de Priamo los techos;
Nueva Pérgamo alzara á los vencidos:
Mas á Italia nos mandan ir derechos
Apolo y los oráculos oidos.
Allí el amor se brinda á nuestros pechos,
Y nos esperan nuestros pátrios nidos.
Si tú fundas Fenicia entre Africanos,
¿Por qué envidiar la Italia á los Troyanos?

Désenos tambien ya, lícito sea
Buscar estraños reinos y naciones.
Cuantas con sombras húmedas rodéa
La noche el mundo, y suben las legiones
De astros al cielo con su ardiente tea,
Tantas veces en horridas visiones
A mí Anchises, mi Padre, me aparece,
Y en sueños me amonesta y estremece.

Agüíjame mi Ascanio el inocente,
Y el agravio de prenda tan querida,
A quien robo de Hesperia el trono ardiente,
Y la tierra á que el Hado le convida:
Y aun ahora, de Jove omnipotente
(Lo juro por tu vida y por mi vida)
Me vino por el aire un mensajero:
Yo le ví, yo le he oido todo entero!

Deja ya de abrasarme y abrasarte
Con inútiles quejas y lamentos:
Si á Italia sigo y tengo que dejarte,
No es por mi voluntad ni mi contento.»
Dijo: mas ella de una á la otra parte
Vuelve los ojos con furor violento:
De alto á bajo le vé con muda llama,
Hasta que al fin enfurecida esclama.

«No! no es tu madre, pérfido, una Diosa;
Ni tus Padres de Dárdano manaron·
Del Cáucaso en la entraña cavernosa
Entre sus duros riscos te engendraron:
Las tigres de la Hircania pavorosa
A sus pechos, cruel, te amamantaron.
Ya ¿porqué disimulo? ¿porqué tardo?
¿A qué mayores males ya me guardo?

Por ventura, ¿gimió con mi gemido?
¿Tornó á verme la vista, vacilante?
¿Le ví llorar con lágrimas vencido?
¿Sintió piedad de su infeliz amante?
¡Qué mas he de decir! ¡y han consentido
Juno así y Jove á la maldad triunfante!
¿Dónde hallaré piedad, dónde consuelo?
¡Ya no hay fé ni en la tierra, ni en el cielo!

Desnudo te lanzó la mar é inerte
Sobre mis playas: te acojí rendida;
Partí, loca, contigo reino y suerte;
Tu flota reparé rota y perdida:
Yo liberté á los tuyos de la muerte;
Y ¡ay de mí! (que ardo en furias encendida!)
Hoy Apolo.... el oráculo te guia:
Un mensajero Júpiter te envía.

¡Por cierto! á eso los Dioses atendiendo
Están.... ¡ese cuidado los ajita!
Yo no sé lo que has dicho..., ni te entiendo;
Mas respuesta ninguna necesita.
Ve, marcha á Italia. Por el mar horrendo
Ese tu nuevo Reino solicita.
Yo espero.... (si piedad hay en el cielo)
Que los escollos vengarán mi duelo.

A Dido entónces llamarás turbado;
Yo en negros fuegos seguiréte ausente:
Y cuando el alma deje el cuerpo helado,
Sombra do quier, te aterraré presente:
Tu pena entónces sufrirás, ¡malvado!
Y hasta en el centro del Averno ardiente
Yo lo oiré, y á mis manes la noticia
La misma Fama llevará propicia.»

Hablaba así; mas se interrumpe hablando,
Y huye doliente de la luz del dia,
A sí propia y su pena arrebatando
A los curiosos ojos que allí habia:
Incierto y aterrado y meditando
Queda Eneas, pensando qué diría;
Yerta al fin, sus criadas la cojieron,
Y en su lecho de mármol la pusieron.

Mas Eneas el pio, aunque quisiera
Dar un consuelo á la infeliz doliente,
Y hablando mitigar su pena fiera,
Dolido él propio del afan reciente;
Que amor tambien su corazon hiriera,
Y quebrantado el corazon se siente,
Sin embargo á los Dioses obedece,
Y la armada visita y abastece.

Acuden los Troyanos dilijentes:
De la ribera impelen los navíos:
Náda la untada quilla, y florecientes
Remos manejan con pujantes bríos.
Robles son de las selvas eminentes,
Que para huir labraron, aun bravíos:
Ved como van y vienen y se ajitan,
Ved cual de la ciudad se precipitan.

Cual suelen las hormigas afanosas
Cuando de trigo gran monton saquean,
Que del áspero invierno memoriosas,
A su troj en llevárselo se emplean;
Van, negros escuadrones, presurosas:
La presa por carril breve acarrean;
Parte arrastran el grano con fatiga;
Quién á estas empuja, á otras castiga.

Hierve de trabajar todo el sendero:
Mas tú, mísera Dido ¿qué sentias?
¿Qué gemidos, qué llanto lastimero
Cuando la playa toda hervir veias,
De encima de tu alcázar altanero,
Y el tumulto y el mar juntos oias?
¡A que no obligas ¡ay! amor tirano,
Al miserable corazon humano!

Otra vez á ir en lágrimas, llorando
Otra vez á rogar es precisada,
Al amor su altivez sacrificando,
Porque si ha de morir, no reste nada!
«¡Ana! tu ya lo ves. Ya congregando
Se van, y está la playa circundada:
Ya el viento llaman las tendidas lonas;
Sobre las popas yá ponen coronas.

Si esperar un dolor tal he podido,
Yo le sabré sufrir: nu temas, Ana:
¡Una cosa tan sola.... una te pido,
Una, que haras por tu infeliz hermana!
Sola contigo afable el fementido,
Tú su confianza mereciste ufana,
Tú de hablarle los términos sabias,
Los dulces modos, los mejores dias.

Vé, hermana, y á ese huésped insolente
Háblale con amor, habla con ruegos:
Dí que arrasar á la troyana gente
No en Áulide juré yo con los griegos,
Ni les mandé mi escuadra prepotente
Para atizar de Pérgamo los fuegos,
Ni de Anchises, su padre, el polvo vano
Y manes píos profanó mi mano.

¿Porqué, porqué cruel el duro oido
No permite á mi acento suplicante?
¿Á dó se precipita? ¡Esto le pido!
¡Esta postrer merced haga á su amante!
Próspero viento espere, que impelido
Le lleve por los mares adelante;
No ya la fé que perjuró, me entregue,
Ni á ese Lacio y su cetro ya se niegue!

¡Un breve tiempo imploro, algun respiro,
A mi furor descanso y alimento;
Mientras la triste suerte en que hoy me miro
Aprende á tolerar mi sentimiento!
¡Este el último bien es á que aspiro!
¡Ten piedad de tu hermana, y su lamento!
¡Lo cual si él me concede de esta suerte....
Partirá satisfecho con mi muerte!»

Rogaba así la triste, y su querella
Una vez y otra vez lleva su hermana.
¡En vano! todo llanto en él se estrella;
Ninguna voz le mueve ni le allana.
Los hados lo prohiben. Un Dios sella
Su oido á la piedad blanda y humana:
Cual fuerte encina, cuyos viejos troncos
Del Alpe baten aquilones roncos

Ya de aquí sopla un viento ya otro viento,
Y luchan entre sí por quien la aterra;
Cruje al choque, y al rudo movimiento,
Bajan las hojas á alfombrar la tierra·
Ella tiene su fijo, inmoble asiento
En el escollo á que tenaz se aferra,
Y cuanto con la copa al cielo guia,
Tanto en raices al averno envia.

No de otra suerte al Héroe así golpea
Una voz y otra voz. Hondo quebranto
El afligido pecho enseñorea;
Mas no vacila: estéril es su llanto.
Dido empero infeliz, á quien rodea
Tan cruel hado el corazon de espanto,
La muerte pide en incesante anhelo,
Y la ofende el mirar la luz del cielo.

Y para que en su empresa mas se encienda,
Y persista en dejar la odiosa vida,
Sobre las aras al poner su ofrenda,
La vió ¡qué horror! tornarse denegrida.
El derramado vino, sangre horrenda
Caer miró en corriente enrojecida.
¡Tenebrosa vision, mudanza insana,
Que á nadie dijo, ni á su misma hermana!

Dentro ademas de su palacio estaba
Un santuario de mármol levantado,
Donde la estátua con respeto honraba
De su primer esposo infortunado.
La sien con blancas vendas le adornaba,
De festivas guirnaldas coronado;
De allí, de noche, que una voz se oia;
Que la llamaba él, le parecia.

Y sobre el alto capitel subido
Un buho solitario y macilento,
Cantar solia, el fúnebre quejido
Prolongando en largísimo lamento.
De los antiguos vates el sabido
Oráculo la aterra tan crüento,
Y aun entre sueños el cruel Eneas
Su furia escita, turba sus ideas.

Y piensan que la dejan de concierto
Sola: que vá por un camino, donde
Ninguno la acompaña.... en un desierto....;
Llama á sus Tirios: ¡nadie le responde!
Asi Pentéo vé en su desconcierto
Lo que á la vista á los demas se esconde:
Escuadrones de furias macilentas,
Dos soles y dos Tebas opulentas.

Ni de otra suerte Orestes delirante,
Del triste Agamenon prole maldita,
Del crímen siente el aguijon punzante,
Y espantosa vision le precipita.
Huye á su Madre, y se la vé delante,
Que ardiente tea y víboras ajita,
Y al cual las infernales vengadoras
Posan sobre el umbral á todas horas.

Mas ya que arder el corazon se siente,
Y que al dolor vencida sucumbiera,
Resuelta de morir, consigo ausente
Revuelve y fija el tiempo y la manera:
Cubre con blanda faz, serena frente,
Su intento, y á su hermana así dijera:
«Dame albricias: remedio pude hallarle:
O ha de volverme, ó dejaré de amarle!

Junto al confin del último Occéano,
Y donde al occidente el sol se ausenta,
Un lugar en el suelo hay africano,
Donde ya de Etiopía el fin se cuenta,
Y dó del cielo el eje soberano
Que con astros sin número se ostenta,
Atlas el fuerte sobre sí sostiene,
Y en sus robustos hombros le mantiene.

Una sacerdotisa aquí llegara,
Masila, que de allí diz que venia:
Su templo á las Hespérides guardara:
Ella quien al dragon cebo ponia.
Ella en el sacro bosque cultivara
Los tan preciados ramos que allí habia,
A los cuales miel húmeda esparciera,
Y tambien soñolienta adormidera.

Esta, con sus conjuros poderosa,
Se ofrece á desatar los corazones
Que quiere, ó si le place, rencorosa,
En ellos encender fieras pasiones:
Parar al rio la corriente undosa;
Los astros impeler á otras rejiones;
Mover los manes; rebramar la tierra
Hará, y bajar los fresnos de la sierra.

A los Dioses y á tí testigos llamo:
Por tu vida tan cara te lo juro,
Que yo estas artes májicas no amo,
Y que forzada recurrí al conjuro.
Tú empero vé secreta, y sin reclamo,
Del palacio en el centro mas seguro,
Por techo el cielo, donde el viento gira,
Levanta presta una elevada pira.

:

Pon del traidor las armas y atavio
Que en el lecho dejó sin echar cuenta,
Y allí, testigo del oprobio mio,
El profanado tálamo acrecienta.
Abolir los recuerdos del impio
La hechicera me manda y representa:»
Dijo la triste, y cúbrele al instante
Mortal amarillez todo el semblante.

Ana empero inocente no imajina
Que de misterios nuevos bajo el velo
Su muerte oculta próxima y vecina
La dulce hermana á su fraterno celo.
Tantos furores ella no adivina,
Ni espera mas dolor y amargo duelo
Que al espirar Sicheo, presenciara;
Al punto, pues, lo que mandó prepara.

Mas la Reina la pira en su palacio,
En recatado sitio al aire alzada,
Corona con guirnaldas el espacio,
Y con hoja á los muertos consagrada;
Encima acumulando con despacio
Las prendas vá, la que olvidó, su espada,
Y la imájen tambien del inhumano,
Como quien sabe el porvenir cercano.

Hállanse en torno levantadas aras;
Sacerdotisa, allí, el cabello suelto,
Tres veces ciento Dioses invocaras,
Y á Érebo y Caos en silencio envuelto.
Y á la vírjen Diana, de tres caras,
Y á Hécate triple en ademan resuelto,
Y el que al lago de Averno contrahicieras
Simulado licor, allí esparcieras.

Buscada es la vellosa y alta yerba
A la luna segada misteriosa
Con las hoces de cobre, y en acerba
Leche y negro veneno ponzoñosa.
Y carne, que arrancada se conserva,
Al potro de la frente cavernosa:
Hechizo, que al nacer la madre inquiere,
Y no sin él reconocerle quiere.

Mas, cierta de morir, la misma Dido
En la ara, suelto el pié, nuda la planta,
La voz, (el manto en pliegues recojido)
Los Dioses y astros á invocar levanta.
Sabedores del hado aborrecido
Los llama á presenciar desdicha tanta;
Y si de amantes desamados cura
Uno acaso, este implora, á este conjura.

Era noche: los miembros fatigados
Por restaurar los abatidos bríos,
Blando sueño tomaban reposados
De la tierra en los ámbitos sombríos:
Quedáranse las selvas y los prados,
Quieto el mar bramador, mudos los rios,
Cuando mediado vuélvense el periodo
Las estrellas, y calla el campo todo.

Y las pintadas aves y las fieras,
Ora los lagos líquidos habiten,
Ya en breñas erizado y cambroneras
Del bosque á lo interior se precipiten,
Posaban en el sueño placenteras
Sin que el silencio de la noche ajiten,
Los cuidados del dia mitigando,
Y el corazon trabajos olvidando.

Pero no Dido así. ¡Desventurada!
Que ni del sueño á los halagos cede,
Ni en sus ojos ni en la alma enamorada
Cojer la calma de la noche puede:
Redóblase el afan; con fuerza osada
Renace amor; del fuego que sucede
Ella fluctúa en las ardientes olas,
Y esto se dice, esto revuelve á solas.

"¡Triste! ¿qué debo hacer?.... escarnecida
¿Iré á buscar los que burlara enántes?
¿Mi mano en Libia ofreceré rendida
A esos que desdeñaba por amantes?
O esclava á los Troyanos sometida
¿Me iré en sus naves á embarcar triunfantes?
¡Cierto! de mis auxilios generosos,
De mi antigua piedad son memoriosos!

¿Y quién.... aunque yo quiera, me querria?
¿Quién en su nao con cuidados graves
A una mujer no amada admitiria?
¡Ni aun la perfidia de esta gente sabes,
Desventurada! ¡y qué! ¿yo sola iria,
Yo, fujitiva, á acompañar sus naves,
O de mis fieles Tirios, de mi armada,
He de seguir en pos acompañada?

¿Los que arranqué de su Sidon querida
Volver de nuevo al mar y sus rigores?
Morir! antes morir!...... bien merecida
Tienes la muerte: el hierro á tus dolores!
Tú, hermana, de mis lágrimas vencida,
La primera ocasion de estos furores:
Tú tantos males sobre mí congregas,
Tú al enemigo bárbaro me entregas.

¿Porqué dado no fué sin culpa alguna
Vivir, ni conocer otro Himeneo,
Como fiera á quien nada le importuna
Sin sentir este afan, este deseo?
La fé guardara en antes que á ninguno
Jurada á las cenizas de Siqueo.»
Ella en tales sollozos prorumpia,
Y el corazon con ellos se rompia.

En tanto Eneas en la popa altiva,
Ya cierto de partir, se entrega al sueño;
Y entre sueños, del Dios la forma activa
Torna á avisarle con el mismo ceño.
Todo á Mercurio semejanza viva:
Voz misma, color mismo, y el risueño
Aspecto juvenil, igual decoro:
Tambien iguales los cabellos de oro.

«¿Dormir puedes, del riesgo sin cuidarte,
Hijo de Vénus, dice, en tal momento?
¡Insensato! de aquí para alejarte,
¿No ves que sopla favorable el viento?
Cierta ya de morir, por apiadarte
Astucias trama y crímenes sin cuento
Ella, el pecho en furor arrebatado:
¿Porqué no huyes, cuando huir te es dado?

Si detenido aquí te halla la aurora,
Verás el mar con remos ajitarse,
Resplandecer la tea incendiadora,
Y la playa de hogueras coronarse.
Ea, presto, á la mar! no mas demora!
Fácil es la mujer siempre á mudarse:»
Dijo, y desvanecióse su figura
Entre las sombras de la noche oscura.

De la vision entónces aterrado
Álzase Eneas, y á su gente ostiga.
«Sus! despertad! al banco preparado
Los remeros: soltad la vela amiga!
Otra vez del Olimpo un enviado
A acelerar la fuga nos instiga:
En pos ¡oh santo mensajero! irémos,
Quien quiera que seais, obedecemos.

«Asístenos ¡oh! y plácido te apiada:
Dá buena estrella y tiempo lisonjero »
Dijo, y sacando la fulmínea espada,
Corta los cables el ardiente acero:
De igual ardor la gente arrebatada,
Toma, rompe, y al mar lánzase fiero;
Este se esconde só las naves solas,
Y espumas alza el remo, y barre olas.

Nueva lumbre á la tierra dá la Aurora
De su Titon dejando el rojo lecho,
Y de una altura al par, la luz que dora
Vió la Reina, é ir las naves largo trecho.
Desiertos vé ribera y puerto ahora,
Y tres veces y cuatro el blando pecho
Hirió, mesando sus cabellos de oro,
Diciendo al fin en angustiado lloro:

«¡Júpiter! y él se irá!.... y ese insolente
A burlarse en mi Reino, huésped vino!
Con armas detrás de él irá mi gente!
Le cerrarán mis naves el camino!
Soltad, soltad las velas: fuego ardiente
Traed.... presto, á la mar. ¿Qué desatino
Hablo? ¿dó estoy? ¡Ay triste! ¿O qué locuras....?
¡Ora de esa maldad, Dido, te curas!

Cuando el cetro por tí se le entregaba,
Bien te era entónces ser mas advertida:
¡Y dicen que á sus Dioses libertaba;
Que al Padre en hombros le salvó la vida!....
¿No pude yo despedazarle brava,
Y lanzarle á la mar enfurecida,
Su gente, y su hijo, de mi hierro presa,
Sirviendo al padre en la sangrienta mesa?

¿Y si no lo lograba? ¡En buena hora!
¿A quién temer, pues, de morir había?
Llevárale la tea incendiadora,
Y sus plazas de fuego inundaria.
Y allí al hijo y al padre vengadora,
Y á su maldita raza tan impia,
La muerte diera con rabiosos brios,
Y encima yo, sobre sus restos frios!

¡Oh, tú, que alumbras, Sol, á los humanos!
¡Luna, de sus cuidados noticiosa!
Y tú, á quien voces dan los ciudadanos,
Allá en la encrucijada tenebrosa,
Hécate, de la noche en los arcanos!
¡Oh Furias de venganza rencorosa!
¡Dioses de Elisa moribunda! el ruego
Oid: vuestro castigo mandad luego!

Si puerto ha de alcanzar este enemigo,
Y tal del Hado y Jove es el decreto;
Si playa logra, y término y abrigo,
Al trance de la guerra esté sujeto:
Un pueblo audaz le acose; del amigo
Suelo lanzado, del regazo quieto
De su Julio arrancado, auxilio implore!
¡Muerta á su gente, y sin sepulcro llore!
:

Y aunque de injusta paz leyes admita,
Ni el reino goce, ni la luz serena:
Su vida, antes del término marchita,
Yazga insepulto en medio de la arena.
Este voto postrer que el alma ajita,
Doy con la vida: en contra de esa ajena
Raza, ejerced ¡oh Tirios! odio eterno!
Este obsequio enviadme allá al Averno!

No quepa entre ambos pueblos alianza,
Ni amor ni treguas. ¡Nazca de mis huesos
Alguno poderoso en la venganza,
Que á hierro y fuego colme sus escesos!
Hoy, y mañana y siempre, sin mudanza,
Si fuerzas nacen, nazcan contra esos!
Playa con playa, abismos con abismos,
Luchen las armas y los nietos mismos!»

Dijo: á dó quier se vuelve en su deseo,
De á la enojosa vida abrir la puerta:
Habla á Barcen, nodriza de Siquéo,
Que es la suya en Sidon, ceniza yerta.
«Ama, Barcen, le dice con rodeo,
Llama á mi hermana aquí: díla que advierta,
Para á mi cuerpo dar sacro rocío,
Agua traerme de corriente rio.

Tambien los animales y la ofrenda
Del sacrificio espiacion y rito;
Cubre tus sienes con piadosa venda,
Y así vendréis; que todo así prescrito,
Bien es los cultos consumar pretenda,
Que á Jove Stigio inauguré bendito;
Que ponga fin á mis cuidados luego!
Que esa imájen fatal entregue al fuego!»

El tardo paso acceleró la anciana
Cuanto el afan su edad la consentia;
Trémula Dido y de furor insana
En tanto por el crímen que emprendia,
Lívido el rostro, en sangre la inhumana
Vista, y pálida ya con la agonía,
Éntrase en el palacio, y sube fiera
Con firme planta á la hacinada hoguera

Desenvainando allí el dárdano acero,
(¡No para tales usos concedido!)
En cuanto los vestidos del guerrero
Contempló, y aquel lecho tan sabido;
Paró la mente y llanto lastimero
Breve rato, y por último gemido
«¡*Dulces despojos*, la infeliz decia,
Dulces y alegres, cuando Dios queria!»

Mi vida recibid ya desprendida!
Libradme ya de mi mortal cuidado!
Viví! bastante sé lo que es la vida!
Cumplí ya el curso que marcara el Hado
Mi fama por el mundo esclarecida
Vivirá; una ciudad grande he fundado;
Yo ví mis muros, yo vengué á mi esposo,
Yo castigué al hermano codicioso.

Oh! feliz!.... ¡cuán feliz!.... si á esta ribera
No esas naves tocaran por burlarme!»
Dijo: al lecho la faz vuelve altanera,
Y «¿he de morir, esclama, sin vengarme?
Pero.... ¡muramos, sí! de esta manera
Del Orco quiero en el horror lanzarme!
¡Mi hoguera acaso con la vista él bebe
Del mar!.... Mi muerte por presajio lleve!»

Quejábase la triste en lastimoso
Acento así, y en medio sus querellas
Por el hierro lanzándose ominoso.
Derribada la miran sus doncellas.
Tintas las manos, rojo y espumoso
Con la sangre el acero:.... á las estrellas
Sube el clamor, y por los átrios todos
Refiérelo la Fama de mil modos.

Al femenil ahullido se estremecen
Los techos, y al gemido y al lamento:
Los vientos con los gritos se ensordecen,
Como si entradas con teson violento,
Con que los enemigos se embravecen,
Cartago y Tiro, de su firme asiento,
Desplomadas con ímpetu cayeran,
Y los templos y alcázares ardieran.

Casi exánime al fin oyóle Ana,
Y la ráuda carrera acelerando,
Con las manos mesaba el rostro insana,
Con los puños el pecho golpeando:
Rompe por medio, y á la dulce hermana
Moribunda su nombre apellidando.
«¡Ay! ¿y esto me guardabas?.... ¡tanto dolo!
Y esta pira, este altar.... para esto solo!

¿A quién me volveré tan sola? Avara
Compañera al morir no me quisiste!
Llamarásme: una hora nos matara,
Un hierro y un dolor. ¡Oh hermana! ¡ay triste!
¡Yo con mis manos levanté ese ara!
Los patrios Dioses invocar me hiciste,
Para en tan duro estremo colocarte;
¡Y yo, insensata, en él abandonarte!